

Julia Santa Cruz Vargas*
Erica Itzel Landa Juárez*

PATRIMONIO CULTURAL

La muerte niña, un ritual funerario olvidado



La muerte es un acontecimiento común y cotidiano y ha inquietado al ser humano desde siempre y desde todos los puntos de vista. Entendida desde una perspectiva biológica, la muerte es la pérdida de la vida, por lo que no resulta nada fácil aceptar la muerte en virtud de que en la sociedad occidental se tiene gran apego a una cultura de la vida, misma que se destruye con la existencia de este fenómeno. La concepción ideológica que priva sobre cualquier noción es que “la muerte es la nada, el límite, la no existencia ontológica [...] la eliminación de rasgos y anulación, desaparición de la vida y el devenir”.¹

Cuando pensamos en la muerte de un “angelito”, nos viene a la mente las imágenes del cadáver, rezos, entierros, cementerio, ofrenda, flores, velorio, etcétera. Todo lo anterior conforma los ritos funerarios, que son estrategias defensivas cuya función esencial es la preservación del equilibrio individual y social de los miembros de una colectividad. Los ritos funerarios constituyen actividades humanas que se realizan para expresar la complejidad de símbolos existentes en torno a la concepción sobre la vida y la muerte. Entre estos ritos funerarios existe uno en desuso y que se relaciona con las imágenes de la muerte de “angelitos” o “muerte niña”, esto es, fotografías de infantes en su lecho de muerte.

Las fotografías aparecen desde la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. La introducción de la fotografía permitió la popularización de los retratos de infantes muertos en varios lugares del país. El retrato del “angelito”, a veces guardado en el álbum familiar, permitía conservar el recuerdo del hijo, nieto, ahijado, etcétera, que se perdió. Mas cuando esa imagen se colocaba en algún sitio destacado de la casa, tenía también como propósito mostrar con orgullo el ángel que el cielo ganó.

* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.

¹ Delci Torres, “Los rituales funerarios como estrategias simbólicas que regulan las relaciones entre las personas y las culturas”, en *Sapiens*, vol. 7, núm. 2, diciembre 2006, pp. 107-118.

El momento propicio para tomar la fotografía es cuando se vela al niño o previo al cortejo fúnebre, antes de levantarlo de la mesa. El fotógrafo plasma con su cámara el recuerdo no de un triste acontecimiento, sino el nacimiento del niño a una nueva vida. Los padres y hermanos (con su ahora angelito de la guarda) suelen retratarse con su hijo en señal de despedida; pocas veces los difuntos se retratan solos. El retrato suele erigirse como consuelo y esperanza de vida.²

En este artículo se menciona el enfoque biocultural de los ritos funerarios de los “angelitos” o “muerte niña”, los signos y fenómenos cadavéricos para conocer el tiempo aproximado que tenía que esperar la llegada del fotógrafo el(la) niño(a) muerto(a), y por último el arreglo del escenario para la fotografía, así como la función ritual de la foto para una sociedad.

El enfoque biocultural de los ritos funerarios de los “angelitos” o “muerte niña”

El postulado de la biocultura³ dice que la vida social es el mayor modo de evolución de nuestra especie, lo cual incluye nuestra biología; además, nuestra evolución continúa sobre las bases de limitaciones históricamente recibidas, pero biológicamente manipulables. Nuestras limitaciones biológicas ahora se socializan, son una biología socializada, es decir:

1. *Reconocemos varias interpretaciones de lo biológico y lo social.* Por alguna razón médica o accidental los niños y niñas mueren, pero la forma en que se les da tratamiento a los cuerpos y la manera en que se les rinde culto y veneración depende de las decisiones de la sociedad a la que pertenecieron.

2. *Lo biológico llega a transformarse completamente en algo social, perdiendo por completo su significado original fisiológico.* Cuando se muere un(a) niño(a) y se les da aviso a los familiares, amigos y conocidos, no es para que explicarles cómo han cesado las funciones físicas,

² Julia Vargas Santacruz y Enrique Esquivel Tovar, “La muerte niña. Una costumbre mortuoria para despedir angelitos”, en *Atisbo*, año 5, núm. 25, marzo-abril de 2010, pp. 5-10.

³ Alan Goodman y Thomas Leatherman, *Building a New Biocultural Synthesis. Political-Economic Perspectives on Human Biology*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1998, pp. 23-33.

biológicas y psicológicas ni para que lo corroboren, sino para que nos acompañen y apoyen a fin de superar la pérdida.

3. *Las conexiones biológicas pueden ser creadas por la historia social.* El siguiente canto de despedida de los “angelitos” lo llevan a cabo las personas que pertenecen a una sociedad que cree en la eficiencia de dicho canto:

Rueguen a María por mí, que yo le suplico a Dios, mi vida termina aquí, en la presencia de Dios.

Los querubines del cielo rueguen a la Virgen pura, a contemplar este niño, con su divina hermosura.

Sus afligidos padres, no lo estén atormentando, que va con el Espíritu Santo y con el ángel caminando.

La Virgen lo va tapando, con su manto de claveles, a la gloria va llegando, con los ángeles más fieles, son sus ángeles más fieles.⁴

En este ejemplo del enfoque biocultural, el rito funerario no puede considerarse un ente separado, ni únicamente físico o social. Siempre existe un diálogo entre el cadáver y el lugar donde se encuentra, así como entre las características de los objetos que lo rodean y las personas que lo acompañan. Indudablemente existe un intercambio de información que puede revelar lo que pudiera existir en la mente de las personas en los precisos momentos en que ocurre el deceso, así resulta necesario aprender a leer el diálogo que tiene la atmósfera entre el cadáver y lo que lo rodea.

Por tal razón se tomará en cuenta, en primer lugar, el ámbito biológico de la muerte, mencionando sus diferentes tipos de muertes (el cronotanodiagnóstico). En segundo lugar, se considerará el ámbito social y cultural, como los preparativos para la llegada del fotógrafo y la función psicológica de la fotografía. Posteriormente se abordarán los signos cadavéricos que aporta el tiempo de muerte de los angelitos.

⁴ Pedro Gómez Danés, *Cantos y ritos de esperanza. Rescate antropológico de antiguos cultos religiosos en el estado de Nuevo León*, Monterrey, 1995, pp. 30-35.

⁵ Jesús Luy Quijada y Maura Ramírez González, “Cuerpo y mente ante la muerte violenta”, en *Tratamiento mortuorio*, México, Conaculta/CEMCA, 1997, pp. 67-76.

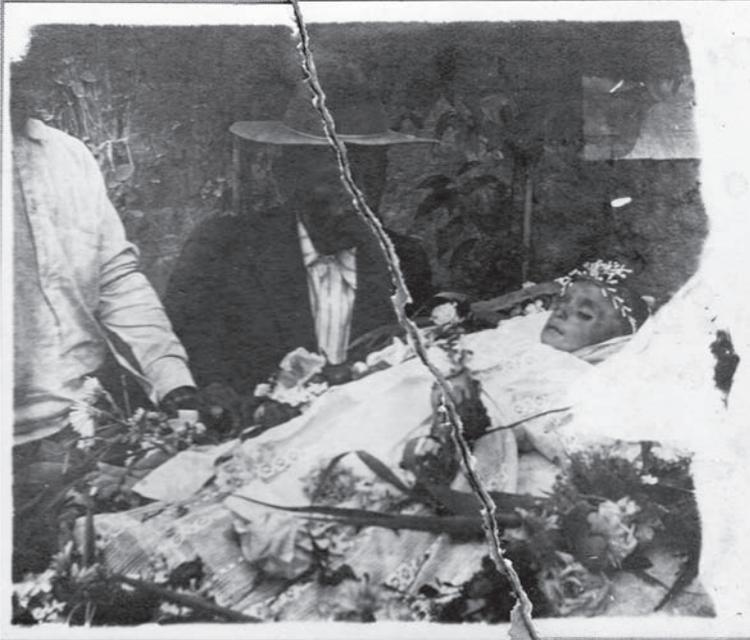


Foto 1. Se observa al "angelito" con *rigor mortis*.

Tipos de muerte

Dentro del ámbito biológico existen dos tipos de muerte:⁵ natural y violenta.

Muerte natural. Como su nombre lo indica, es resultado del fin existencial, espontáneo y esperado, común a toda persona, como evento natural propio de la esencia vital; ocurre por procesos mórbidos o causas espontáneas propias del individuo. Las causas naturales pueden admitir factores endógenos como el envejecimiento, enfermedades degenerativas, neoplásicas, cardiovasculares etcétera, o factores exógenos como la intervención de agentes infecciosos causantes de patologías.

Muerte violenta. Se produce cuando la interrupción de la vida resulta por un proceso antinatural, determinado por la intervención de hechos violentos intencionales del mismo sujeto, o existe intervención violenta de terceros o de hechos terceros.

Los signos o fenómenos cadavéricos⁶

La muerte somática (real o verdadera) es cuando cesa la actividad vital, se inicia una serie de transformacio-

⁶ Michael Clark, Michael Worrel y John Pless, "Postmortem Changes in Soft Tissues", en William D. Haglund y Marcella H. Sorg (eds.), *Forensic Taphonomy. The Postmortem Fate of Human Remains*, Londres, CRC Press, 1996, pp. 151-160.

nes denominadas fenómenos cadavéricos, los cuales ocasionan la dicotomía cuerpo-muerto, cuerpo-cadáver. Al respecto, en el artículo 314 de la Ley General de Salud se define al cadáver como un "cuerpo humano en el que se haya comprobado la pérdida de la vida".⁷

Los fenómenos cadavéricos sirven para conocer el tiempo aproximado de muerte (cronotanatodiagnóstico). En nuestro caso determinan el tiempo de muerte del infante, desde la hora del deceso hasta la toma fotográfica. Es importante conocerla para conocer el tiempo necesario para realizar todo el rito funerario. Tomando en consideración la toma fotográfica, es posible conocer el proceso cadavérico en el que se encontraban y también el tiempo transcurrido desde el deceso hasta la llegada

del fotógrafo.

El primer suceso de los fenómenos cadavéricos que experimenta el cuerpo del menor es el enfriamiento. Inicia de 5 a 6 horas en la etapa de la niñez, aunque puede retardarse por una buena salud, una enfermedad, el abrigo o el calor del ambiente. Se acelera con la caquexia, la agonía larga, la hemorragia previa, la desnudez, la intemperie y el frío que haya en el ambiente. Después de esta etapa tiene lugar la deshidratación, la cual se observa con la desecación de los labios, el glande y la vulva; esta desecación también se observa en ojo abierto a los 45 minutos y cerrado a las 24 horas.

El segundo suceso es la lividez cadavérica o *livor mortis*, que no es posible observarla en las fotografías porque se trata de manchas de color púrpura en la piel del cadáver, y aparecen en las partes que quedan en declive. Su fijación se debe a la coagulación de la sangre o a la compresión de los vasos sanguíneos producidos por el endurecimiento *post mortem* del tejido adiposo; la coloración está determinada por la hemoglobina no oxigenada.

El tercer suceso es la rigidez, que inicia al cabo de 3 a 6 horas. Comienza con un proceso lento de contracción muscular denominado *rigor mortis*. Se completa en un lapso de 8 a 12 horas, alcanza la máxima inten-

⁷ Ley General de Salud. art. 314, párrafo II, en *Diario Oficial de la Federación*, 7 de febrero de 1987.



Foto 2. Mamá, papá, abuela y hermano acompañan al "angelito" afuera de lo que fue su hogar.

sidad a las 24 horas y desaparece entre 36 y 48 horas posteriores al deceso. Da inicio en los músculos de la mandíbula y en los orbiculares de los párpados, después afecta la cara y pasa al cuello, invadiendo el tórax, brazos, tronco y piernas. Cuando desaparece, lo hace en el mismo orden en que se propaga. Las fibras musculares lisas inician este proceso entre 30 minutos y dos horas después de la muerte, en tanto las fibras estriadas tardan entre tres y seis horas. El mecanismo que produce este fenómeno es de orden bioquímico; se trata de cambios de reacción del tejido muscular provocados por el pH ácido, cuyo aumento está correlacionado con la intensidad de la rigidez. Luego se torna alcalino al desaparecer el *rigor mortis*. Esta acidificación tiene sus orígenes en la destrucción del ATP (ácido adenosintrifosfato), que se convierte en ADP (ácido adenosindifosfato) y libera una molécula de ácido fosfórico. Como ya no existe transportación del glucógeno hacia las células musculares, una vez agotado éste falta la energía para sintetizar el ATP, de modo que la molécula de miosina pasa a un estado de supercontracción que persistirá hasta que los procesos de autólisis la destruyen.



Foto 3. El "angelito" es rodeado de flores y acompañado por sus hermanas.

Después de haber hecho el recorrido por las etapas de los procesos cadavéricos que experimenta el cadáver infantil, podemos justificar y afirmar que entre el tiempo de deceso y el tiempo de la llegada del fotógrafo transcurre entre un día y medio o dos días aproximadamente, y que el proceso en que se encuentra el cadáver es el final de la deshidratación, para después experimentar la lividez cadavérica y finalmente la rigidez cadavérica o *rigor mortis*.

Una vez estimado este tiempo, podemos inferir que se requerían dos días para hacer todos los preparativos del ritual mortuario antes de la llegada del fotógrafo. Todo empezaba con el aviso a los familiares, luego se realizaba el arreglo del cuerpo, posteriormente se hacía la contratación del fotógrafo y se esperaba la llegada del tan ansiado equipo al lugar, que a veces era distante y de difícil acceso. Finalmente, después de hacerse la toma fotográfica (para el recuerdo y el orgullo de la familia de tener a un "angelito" con la Virgen María), se realizaba el pago de los honorarios. Muchas veces significaba un gasto grande para todos los familiares, debido a que no era común tener acceso a la fotografía (foto 1).

Los preparativos ante la llegada del fotógrafo... el montaje del escenario

El diálogo

El diálogo se lleva a cabo con elegancia y seriedad entre todos los participantes (fotos 2 y 3). En la celebración de este ritual, está presente el diálogo para construir un



Foto 4. El "angelito" sin la compañía de familiares

universo de sentidos, leyes, ideas, deseos, emociones, nostalgias, hábitos y costumbres, mediante el cual se habla no sólo lo asible, sino también de lo invisible. El diálogo se lleva a cabo mediante una amable conversación sostenida entre el "angelito", los familiares, el fotógrafo y el lugar. Se da un intercambio de información entre lo vivo y lo no vivo; hay un flujo de emociones y sentimientos entre la disposición de las flores, la vestimenta (a veces elegante y suntuosa, y a veces sencilla), el arreglo del soporte de descanso para el cuerpo del niño(a), las miradas de los vivos dirigidas hacia el ser amado o hacia el fotógrafo, la corona de flores en la cabeza y el arreglo del cabello, la posición de las manos y la cara del infante, así como el lugar de la toma fotográfica (que podía ser en un cuarto de la casa o en el patio). A continuación se detallan algunos de estos elementos:

Flores. Se colocan alrededor o a los lados del cuerpo del "angelito". Se ponen en maceta, dispersas sobre el

cuerpo, a su alrededor o en conjuntos de pequeños ramos. También se pueden colocar en sus manos en forma de ramo, o en la corona. Todo esto tiene como fin el adornar y enfatizar el carácter de santidad del menor. Los tipos de flores que se presentan son: azahares, azucenas, nardos, margaritas, rosas blancas o nube.

Vestimenta. Los padrinos escogen la forma de vestir al "angelito" (puede ser con elegancia y suntuosidad, o con una sencilla túnica blanca, en función de la solvencia económica de la familia). Por lo general el vestido es largo y cubre las piernas, con las mangas $\frac{3}{4}$. Es posible que se utilice el ropón con el que fue bautizado. Algunas veces se usa un velo, además de la corona de flores que todos ellos portan.

SopORTE. Se adorna con telas o mantas. Las telas son de color liso o a veces son flores impresas, en las que se colocan flores encima y alrededor del cuerpo. El soporte a veces puede ser también una silla que se coloca cerca de los familiares, una carriola, una cama. En algunas ocasiones el cuerpo se coloca en las piernas de algunos de los familiares, quienes lo toman suave y delicadamente con las manos.

Miradas. Existe una composición de miradas entre los familiares y el "angelito", así como entre los familiares y el fotógrafo, y el fotógrafo y el(la) niño(a). Existe un *collage* de miradas entre los familiares y el infante, donde sólo algunos familiares fijan su mirada de dolor, tristeza y nostalgia hacia su niño, mientras otros voltean hacia el fotógrafo con pensamientos de que pronto tendrán un recuerdo de su ser amado. Cuando en la fotografía sólo aparece el menor, la del fotógrafo es la única mirada que reposa sobre él.

Corona de flores en la cabeza. La cabeza del infante está adornada con flores, que pueden estar sobre una diadema, un gorro o una diadema con forma de corona, la cual a veces tiene un fino y delgado velo que deja entrever el cabello.

Arreglo del cabello. El cabello está delicadamente peinado y arreglado; a veces está recogido y otras se deja suelto, pero bien peinado.

Posición de las manos y la cara. Las manos están flexionadas hacia el tórax y los dedos entrelazados, y algunas veces se ponen flores en ellas. En cuanto a la cara, está en dirección al fotógrafo para captar el recuerdo.

Escenario. Los familiares y el fotógrafo lo eligen para la toma fotográfica. Puede ser el patio de la casa, una recámara, la entrada de la casa, y a veces el escenario simplemente es un telón y luces dispuestos para la presentación.

El recuerdo

Después de haber esperado aproximadamente de 30 a 40 segundos para plasmar el diálogo antes mencionado,⁸ la espera debe persistir hasta que la foto se plasma en papel, a fin de darle un toque final adornándola en un marco de diferentes formas y tamaños, y entonces mostrarla con orgullo.

El simbolismo de la foto de la muerte a tan temprana edad aseguraba al “angelito” entrar al paraíso sin inconveniente alguno; además se tomaba por venturosa, pues era la aportación de un ángel más al cielo. Los niños —considerados como seres puros, angelicales, llenos de inocencia y sin pecado alguno— ya no corren peligro de ver su alma en el limbo o el purgatorio, ¡menos en el infierno! Por lo que su deceso, más que una pena irreparable, debía vivirse con regocijo. Estas ideas buscaban reconfortar a los padres, que sin duda vivían afligidos por la pérdida de su hijo y porque, de manera dramática, no debían darle cabida al dolor, ya que se convertiría para el “angelito” en el principal obstáculo para entrar al cielo. Cuando se tiene la foto del “angelito” se comienzan a traer al presente recuerdos agradables y se tienen sentimientos de nostalgia para después preguntarse: ¿está dormido o está muerto? (foto 4).

La función ritual de la fotografía de los “angelitos”

Las actividades realizadas desde el deceso del “angelito” hasta la impresión de la fotografía tienen para los participantes tres funciones: psicológica, sociológica y simbólica.

⁸ La venta de cámaras sin la firma de Daguerre propició que los vendedores y aficionados que las compraban fueran responsables de la evolución de las cámaras, aligerándolas de peso, construyéndolas con materiales baratos y lentes simples y también reduciendo poco a poco el tiempo de exposición (en 1842 era de 30 o 40 segundos). Véase “historia de la fotografía”, en línea: [<http://www.wikipedia>].



Foto 5. Los padres acompañan a su “angelito”.

La función psicológica de este ritual tiene que ver con la atenuación de los múltiples sentimientos de negación que surgen con la muerte. Mientras se realizan todos los preparativos para la llegada del fotógrafo, las actividades se erigen como la terapia más idónea para canalizar sentimientos de ira, dolor, rabia e impotencia, entre otros.

La función sociológica que subyace a la realización del ritual se asocia con los lazos de solidaridad que se establecen entre los deudos del “angelito” y sus allegados. Las celebraciones anteriores a la llegada del fotógrafo, y después de la fotografía, permiten estrechar vínculos de fraternidad y de apoyo para superar el dolor por la pérdida.

La función simbólica alude al mito que se escenifica con el rito: si se ejecutan los rituales según la creencia de quien los practica, se pueden alcanzar los objetivos, a saber: lograr la trascendencia de una vida terrena a una divina, promover el descanso del alma del fallecido, facilitar la reencarnación del difunto y mitigar el dolor de los familiares (foto 5).

...Y por último el entierro.